



# Francisco Xavier Clavigero

## Teórico de la historia

Por Rubén Aguilar Valenzuela\*

La figura de Francisco Xavier Clavigero (1731-1787) es un referente de la cultura nacional. Fue miembro de la generación de humanistas del siglo XVIII, a la que también pertenecen Francisco Javier Alegre, José Rafael Campoy, Juan Luis Maneiro, Pedro José Márquez y Rafael Landívar, todos ellos jesuitas y con méritos suficientes para ser conocidos más allá de círculos de especialistas y académicos.

Para su tiempo sus ideas eran heterodoxas, algunas de ellas son: a) Todos los seres humanos son iguales, pues “La verdadera filosofía no reconoce incapacidad en hombre alguno, o porque haya nacido blanco o negro, o porque haya sido educado en los polos o en las zonas tórridas”; b) Exaltación de la tierra donde se nace y de sus primitivos pobladores: Los indígenas son tan “capaces en todas las ciencias” como los europeos”; c) La búsqueda de la verdad: “Investigar minuciosamente todas las cosas, descifrar los enigmas, distinguir lo cierto de lo dudoso, despreciar los inveterados prejuicios de los hombres y pasar de un conocimiento nuevo a otro”.

En múltiples frentes los jesuitas trabajan para renovar el pensamiento de su época, por medio del estudio y la reflexión. En la semblanza de Clavigero que escribió Maneiro, su hermano en el destierro, se afirma que en ese entonces se hallaba consagrado al estudio de Regis, Saguens, Duhamel, Purchot, Descartes, Gasendi, Bacon, Newton, Leibniz, Franklin, aunque también Quevedo, Cervantes, Feijoo, Parra y sor Juana.

Clavigero, quien se propuso la “restauración de las ciencias”, era teólogo, filósofo, historiador y también antropólogo, literato y estudioso de la cultura. Dominaba el griego, el latín y el hebreo. También hablaba francés, portugués, italiano, alemán e inglés. Sin olvidar que de niño, a más del español, había aprendido el náhuatl. Estas lenguas le permitieron conocer en sus fuentes a los filósofos griegos y latinos, los padres de la Iglesia y lo más granado de la producción de su época.

El 24 de junio de 1767 los comisarios del rey Carlos III llamaron a las puertas de los conventos de la Compañía de Jesús para anunciarles la condena al destierro. En cuestión de semanas todos los jesuitas de la Nueva España se embarcaron hacia los Estados pontificios. Clavigero se establecería primero en Ferrara y luego en Bolonia, donde vivió hasta su muerte, acaecida el 2 de abril de 1787.

En Bolonia compuso su obra más importante, *Historia antigua de México*. El trabajo lo lleva a proponer una teoría y método de la historia. El propósito es, como lo plantea en la dedicatoria, ofrecer a sus compatriotas y al mundo “una historia de México escrita por un mexicano”. Una historia que siempre tenga “delante de los ojos aquellas santas leyes de la historia; no decir mentira, ni temer decir verdad”, además añadía: “Me lisonjeo de no haberlas quebrantado”.

Intentó escribir una historia objetiva, que contara los hechos como sucedieron, para así “servir del mejor modo posible a mi patria y nación, y para restituir a su esplendor la verdad ofuscada por una turba increíble de modernos escritores de América”. Quería demostrar que estos autores estaban equivocados por carecer de una visión directa de la realidad y no ser rigurosos con el método al recabar la información.

Clavigero, en contraste, puede acreditar lo que sostiene por “haber vivido treinta y seis años en algunas provincias de aquel vasto reino, haber aprendido la lengua mexicana y haber tratado por algunos años a los mismos mexicanos cuya historia escribo”. Así argumentaba hallarse en mejores circunstancias que cualquiera para emprender esa vasta tarea.

Clavigero puso en duda los principios de las ciencias, los fundamentos de la ética y la política. Sostenía también que la razón puede explicarlo todo; que hacerse de la verdad es posible y que es la misma para quienes tienen la capacidad de pensar, sin importar donde viven ni la cultura a la que pertenecen.

Su obra se proponía una versión científica y sistemática del pasado indígena, a la manera como se habían constituido las historias más precisas de los griegos o los romanos. El mundo indígena, imposible de conocer y valorar, adquiriría un sentido y una lógica. Su historia es clara y razonable, tanto como puede serlo la de los pueblos de Europa y Asia.

Para escribir la *Historia Antigua de México* Clavigero recolectó libros, códices y documentos en las bibliotecas de Bolonia, Ferrara, Módena y también Roma, Florencia, Génova, Milán, Nápoles y Venecia. Maneiro dice que Clavigero tuvo que trabajar “para sacar a luz, entre los ocultísimos vestigios de la antigüedad, los hechos escondidos y casi sepultados en el olvido”, y añade que “quien va armando las partes dispersas, las ordena e ilumina, ése será más que redactor o escritor, el creador de la historia”.

El método de trabajo de Clavigero, explica Maneiro, era que “antes de escribir investigaba, meditaba, examinaba y consultaba de forma cuidadosa con los demás”, y añade que nunca utilizaba un dato si antes no lo corroboraba y confrontaba con las fuentes escritas. Clavigero afirma que “aprecia al máximo seguir el testimonio histórico” que es posible “después de indagar largamente el suceso”. Si no se está de acuerdo con lo que afirma pide que con pruebas le demuestren lo contrario. En 1780 se publicó por primera vez la *Historia antigua de México*. Pronto se hicieron traducciones al italiano, francés, alemán e inglés. Esa forma de escribir resultó novedosa no sólo en nuestro país sino también en las demás naciones que forman el conjunto de la lengua. Es una prosa clara, directa y racional que abrió una nueva posibilidad: la que surge con la escritura de la historia. En nuestros tiempos mucho de la concepción de la historia y los contenidos propuestos por Clavigero ya no son válidos, pero en su momento constituyó la explicación más plausible y fidedigna de los hechos. Clavigero es y seguirá siendo un referente. Su actitud, su rigor y constancia continúan siendo valederos. ®